

KAREN CLEVELAND

TODA LA VERDAD

Traducción de María José Díez Pérez

CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL

 Planeta

Para B. J. W.

**CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL**

Cuando uno está enamorado, siempre comienza engañándose a sí mismo y termina engañando a otros. Eso es lo que el mundo llama *amor*.

OSCAR WILDE

Estoy en la puerta de la habitación de los gemelos viendo cómo duermen, tranquilos e inocentes, a través de las barras de la cuna, que me recuerdan a los barrotes de la celda de una cárcel.

Una lámpara nocturna baña el cuarto en una suave luz anaranjada. El pequeño espacio está atestado de muebles, demasiados para una habitación de este tamaño. Dos cunas, una vieja y otra nueva; un cambiador, paquetes de pañales aún por estrenar. La biblioteca que Matt y yo montamos hace siglos. Ahora los estantes están arqueados, sobrecargados de unos libros que podría recitar de memoria a los dos mayores; unos libros que me he prometido leer más a menudo a los gemelos si logro sacar tiempo.

Oigo los pasos de Matt en la escalera y mi mano aprisiona la memoria USB. Con fuerza, como si pu-

diera desaparecer si apretara lo suficiente. Todo volverá a ser como antes. Los dos últimos días se borrarán, como si sólo hubieran sido una pesadilla. Pero ahí sigue: dura, palpable, real.

El suelo del pasillo cruje donde lo hace siempre. No me volteo. Se me acerca por detrás, tanto que huelo el gel de ducha que utiliza, el champú, ese olor a él que curiosamente siempre me ha resultado tan reconfortante y que ahora, de manera inexplicable, hace que me parezca más extraño aún. Noto que vacila.

—¿Podemos hablar? —pregunta.

Lo dice en voz baja, pero el sonido basta para hacer que Chase se mueva. Suspira mientras duerme y se calma, aún aovillado, como si se estuviera protegiendo. Siempre he pensado que se parece mucho a su padre, los ojos serios, percatándose de todo. Ahora me pregunto si alguna vez llegaré a conocerlo de verdad, si guardará unos secretos tan pesados que aplastarán a cualquiera que se le acerque.

—¿Qué hay para decir?

Matt da un paso más, me agarra levemente el brazo. Yo me aparto, lo bastante para que deje de tocarme. Su mano queda suspendida en el aire y después baja al costado.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

Miro la otra cuna, a Caleb, boca arriba y con su pijamita; los angelicales rizos rubios, los brazos y las

piernas abiertos, como si fuera una estrella de mar. Tiene las manos abiertas, los rosados labios abiertos. No sabe lo vulnerable que es, lo cruel que puede ser el mundo.

Siempre dije que lo protegería. Que le daría la fuerza que a él le falta, me aseguraría de que tuviera todas las oportunidades posibles, haría que su vida fuera lo más normal posible. ¿Cómo voy a hacerlo si no estoy?

Haría cualquier cosa por mis hijos. Cualquiera. Abro la mano y miro la memoria USB, ese rectángulo anodino. Tan pequeño pero con tanto poder. Poder para arreglar, poder para destruir.

Un poco como una mentira, si se piensa.

—Sabes que no tengo elección —contesto, y me obligo a mirarlo, a él, mi marido, el hombre al que conozco tan bien y al que al mismo tiempo no conozco en absoluto.

DOS DÍAS ANTES

CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL

1

—Malas noticias, Viv.

Oigo la voz de Matt, unas palabras que horrorizarían a cualquiera, pero el tono es tranquilizador. Desenfadado, como de disculpa. Es algo malo, seguro, pero que se puede solucionar. Si fuera algo malo de verdad, su voz sería más grave. Utilizaría una frase completa, un nombre completo: «Tengo malas noticias, Vivian».

Sujeto el teléfono con el hombro, ruedo con la silla hasta el otro lado de la mesa con forma de ele, hasta el computador, que se encuentra centrado bajo los armarios grises. Llevo el cursor hasta el ícono con forma de búho y hago clic dos veces. Si es lo que creo que es —lo que sé que es—, no me quedaré aquí mucho más trabajando.

—¿Bella? —pregunto.

La vista se me va a uno de los dibujos hechos con crayolas que están pegados con chinchas de colores a las altas paredes del cubículo, un toque de color en medio de este mar gris.

—Treinta y ocho y unas décimas.

Cierro los ojos y respiro hondo. No nos pilla por sorpresa. La mitad de los de su clase han estado enfermos, han ido cayendo como fichas de dominó, así que sólo era cuestión de tiempo. Los niños de cuatro años se contagian con mucha facilidad. Pero ¿hoy? ¿Tenía que pasar hoy?

—¿Algo más?

—Sólo la fiebre. —Hace una pausa—. Lo siento, Viv. Parecía estar bien cuando la dejé.

Trago saliva a pesar del nudo que tengo en la garganta y asiento, aunque Matt no me ve. Cualquiera otro día iría él a recogerla. Puede trabajar desde casa, al menos en teoría. Yo no, y agoté todos mis días libres cuando nacieron los gemelos. Pero Matt está llevando a Caleb al centro para la última ronda de citas médicas. Hace semanas que me siento culpable por no poder estar en sus citas, y ahora no estaré y además seguiré tomándome un día que no tengo.

—Llegaré antes de una hora —aseguro.

Según las normas, disponemos de una hora desde el momento en que nos llaman. Si tenemos en

cuenta lo que se tarda en llegar allí y el paseo hasta el carro —está al fondo del extenso parqueadero de Langley—, dispongo de unos quince minutos para dar por concluida mi jornada laboral. Quince minutos más que añadir a mi saldo negativo.

Miro de reojo el reloj de la esquina de la pantalla —las diez y siete minutos— y a continuación me fijo en la taza de Starbucks que tengo junto al codo derecho, el vapor que escapa por el orificio que hay en la tapa de plástico. Un gusto que me di, un capricho para celebrar este día que tanto tiempo llevaba esperando, un chute de energía para hacer más llevaderas las tediosas horas que se avecinaban. Unos minutos preciosos que podría haber invertido en examinar los archivos informáticos desperdiciados en una fila. Tendría que haberme limitado a lo de siempre, a la cafetera chispeante que deja grumos de café flotando en la superficie de la taza.

—Es lo que les dije a los del colegio —responde Matt.

En realidad el «colegio» es la guardería donde pasan los días nuestros tres hijos más pequeños, pero la llamamos *colegio* desde que Luke tenía tres meses. Leí que podía facilitar la transición, aliviar el sentimiento de culpa por abandonar a tu hijo ocho o diez horas al día. No ayudó demasiado, pero supongo que cuesta cambiar el chip.

Hay otra pausa, y oigo a Caleb balbuceando al fondo. Aguzo el oído y sé que Matt está haciendo lo mismo. Es como si estuviéramos condicionados a hacerlo cuando pasa eso. Pero no son más que sonidos vocálicos, sigue sin haber consonantes.

—Sé que se supone que hoy es el gran día... —dice al final Matt, dejando la frase sin terminar.

Estoy acostumbrada a esos vacíos, a las conversaciones evasivas cuando hablamos por mi línea no segura. Siempre doy por sentado que hay alguien escuchando: los rusos, los chinos. Esa es la principal razón por la que el colegio llama primero a Matt cuando surge un problema. Prefiero que haga de filtro y evite que algunos de los detalles personales de los niños lleguen a oídos de nuestros adversarios.

Llámenme paranoica o simplemente analista de los servicios de contraespionaje de la CIA.

Pero lo cierto es que eso es todo lo que sabe Matt. No sabe que he estado intentando destapar una red de agentes encubiertos rusos, en vano. O que he desarrollado una metodología para identificar a las personas que forman parte del programa secreto. Sólo sabe que llevo esperando meses a que llegue este día. Que estoy a punto de averiguar si dos años de arduo trabajo van a dar sus frutos. Y si tengo alguna posibilidad de lograr el ascenso que tanta falta nos hace.

—Sí, bueno —respondo, moviendo el *mouse* adelante y atrás, viendo cómo carga Athena, el cursor en la pantalla con forma de reloj de arena—. Hoy lo importante es la cita de Caleb.

Mis ojos vuelven a centrarse en la pared del cubículo, los vivos dibujos hechos con crayolas. En el de Bella, un dibujo de nuestra familia, los brazos y las piernas son palitos que salen directamente de seis caras redondas y felices. En el de Luke, algo más refinado, hay una única persona, gruesos trazos dentados para pintar el pelo, la ropa y los zapatos. Pone MAMI con grandes letras mayúsculas. De su etapa de superhéroe. Soy yo, con una capa, las manos en las caderas y una S en la camiseta: Supermami.

Me invade una sensación familiar en el pecho, la opresión, la necesidad apremiante de llorar. «Respira hondo, Viv. Respira hondo.»

—¿Las Maldivas? —sugiere Matt, y siento que un amago de sonrisa aflora en mis labios.

Siempre hace esto, encuentra la manera de hacerme sonreír cuando más lo necesito. Miro de reojo la fotografía de nosotros dos que tengo en un rincón de la mesa, mi preferida del matrimonio, hace casi una década. Los dos tan felices, tan jóvenes. Siempre estábamos hablando de ir a algún lugar exótico para celebrar nuestro décimo aniversario. Desde luego, ya no es posible, pero soñar es divertido. Divertido y deprimente.

—Bora Bora —propongo yo.

—No me importaría. —Vacila, y en ese intervalo vuelvo a oír a Caleb.

Más sonidos vocálicos. «Aah, aah, aah.» Calculo mentalmente los meses que Chase lleva haciendo sonidos consonánticos. Sé que no debería —todos los médicos dicen que no debería—, pero lo hago.

—¿Bora Bora? —oigo decir a mis espaldas con un tono que finge incredulidad. Tapo el micrófono del teléfono con la mano y me volteo. Es Ómar, mi homólogo en el FBI, con una expresión burlona en la cara—. Creo que va a ser difícil justificarlo, hasta para la Agencia. —Esboza una ancha sonrisa. Contagiosa, como siempre, y me hace sonreír.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, la mano aún tapando el micrófono. Caleb balbucea en mi oído. Esta vez son oes: «Ooh, ooh, ooh».

—Tenía una reunión con Peter. —Da un paso más, se sienta en el borde de la mesa. Le veo la silueta de la funda de la pistola en la cadera, a través de la camiseta—. Puede que la hora fuera una coincidencia o puede que no. —Mira de soslayo la pantalla de mi computador y la sonrisa se le borra un tanto—. Era hoy, ¿no? A las diez de la mañana.

Miro la pantalla, oscura, el cursor aún con forma de reloj de arena.

—Era hoy. —El balbuceo cesa. Hago rodar la si-

lla para voltearme, ligeramente, apartándome de Ómar, y quito la mano del micrófono—. Cariño, tengo que dejarte. Llegó Ómar.

—Salúdalo de mi parte —replica Matt.

—Lo haré.

—Te quiero.

—Y yo a ti. —Dejo el teléfono en la base y me volteo hacia Ómar, que sigue sentado en mi mesa, con las piernas, enfundadas en unos *jeans*, extendidas y cruzadas en los tobillos—. Saludos de parte de Matt —le digo.

—Aaah, así que él es la conexión con Bora Bora. ¿Están planeando irse de vacaciones? —La sonrisa vuelve con toda su fuerza.

—En teoría —contesto, con una risa poco entusiasta. Suena tan patético que siento cómo me voy poniendo roja.

Ómar me mira un instante y después, por suerte, se concentra en su muñeca.

—Bien, son las diez y diez. —Descruza las piernas y las cruza hacia el otro lado. Luego se echa hacia delante, el inconfundible entusiasmo de su cara—. ¿Qué tienes para mí?

Ómar lleva haciendo esto más tiempo que yo. Por lo menos una década. Está buscando a los agentes encubiertos que están en Estados Unidos, y yo intento destapar a los que dirigen la célula. Ninguno

de los dos ha logrado su objetivo. Nunca deja de sorprenderme que siga siendo tan entusiasta.

—Todavía nada. Ni siquiera he podido mirar.

Señalo la pantalla, el programa que aún se está cargando, y después miro la fotografía en blanco y negro que tengo en la pared de mi cubículo, junto a los dibujos de los niños: Yury Yakov. Cara regordeta, expresión dura. Unos clics más y estaré dentro de su computador. Podré ver lo que él ve, navegar por la red como él, rebuscar en sus archivos. Y, con suerte, demostrar que es un espía ruso.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi amiga Vivian?

—pregunta Ómar risueño.

Tiene razón. De no ser por la cola del Starbucks, habría entrado en el programa a las diez en punto. Habría tenido unos minutos para echar un vistazo, por lo menos. Me encojo de hombros y señalo la pantalla.

—Estoy en ello. —Después señalo el teléfono—. De todas formas, va a tener que esperar. Bella está enferma. Tengo que ir a buscarla.

Exhala con gesto dramático.

—Esos mocosos... Siempre tan oportunos.

Un movimiento en la pantalla llama mi atención, y acerco la silla. Athena está cargando por fin. Hay *banners* rojos por todas partes, un montón de palabras, cada una para indicar un control distinto, un

compartimento diferente. Cuanto más larga es la cadena de palabras, tanto más clasificado el texto. Y esta es bastante larga.

Hago clic en una página, en otra. Cada clic es una confirmación. Sí, sé que estoy accediendo a información compartimentada. Sí, sé que no puedo revelar su contenido o iré a la cárcel y pasaré allí mucho tiempo. Sí, sí, sí. Tú llévame de una vez hasta la información.

—Se acabó —afirma Ómar. Me acuerdo de que está ahí y lo miro con el rabillo del ojo. Él desvía la vista a propósito, evitando con todas sus fuerzas la pantalla, dándome intimidad—. Lo presiento.

—Eso espero —murmuro. Y lo espero, pero estoy nerviosa.

Con esta metodología nos la jugamos. Y de qué manera. Creé un perfil para contactos sospechosos: centros educativos, estudios y titulaciones, centros bancarios, viajes a Rusia y al extranjero. Elaboré un algoritmo, identifiqué a los cinco individuos que encajaban mejor en el modelo. Posibles candidatos.

Los cuatro primeros resultaron ser pistas falsas, y ahora el programa está en la recta final: todo depende de Yury, el número cinco. El computador en el que más costó entrar, en el que yo tenía más confianza.

—Y si no —añade Ómar—, habrás hecho algo que nadie ha sido capaz de hacer: te habrás acercado.